

Repensar el antiguo Perú: aportes desde la arqueología

Rafael Vega-Centeno Sara-Lafosse (ed.)
Lima: Instituto de Estudios Peruanos - Pontificia Universidad Católica
2017 / 585 pp.

El conocimiento arqueológico ha mostrado ser particularmente reaccionario a nuevas ideas. Supuestas verdades arqueológicas, por ejemplo, Chavín como cultura matriz, Wari como imperio, entre otras, han quedado fijas en nuestras mentes desde que entraron a la historia oficial, aunque la evidencia claramente las contradice. Esto se debe, en parte, a su contenido político y uso en la creación de narrativas nacionales.

A pesar de la gran cantidad de nuevos datos, los mismos discursos se siguen repitiendo en colegios y universidades. Inclusive, los propios arqueólogos son los que utilizan la repetición de estas narrativas ante la imposibilidad de comunicar otras mejores o por temor a contradecir sus dogmas teóricos más profundos. ¿Cómo cuestionar el carácter imperial de Wari? ¿Cómo pensar que la complejidad social se manifiesta primero en la costa y no es fruto de una cultura matriz?

Para muchos, negar estos constructos narrativos es equivalente a no representar la grandeza de nuestra cultura andina propiamente. Sin embargo, el libro que aquí reseñamos replantea algunos de los mitos más difundidos de nuestra historia; cuestiona, por ejemplo, la idea de Chavín como cultura matriz, de Moche como un Estado y de Wari como una presencia imperial fuerte en la costa central. Es más, cuestiona también la idea de civilización, la concepción de Estado y la naturaleza de las jerarquías sociales, ordenamientos políticos, etc.

El público al que el libro parece estar orientado es lo que llamaríamos de manera general, un público informado: profesionales de la arqueología u otras ciencias sociales y, particularmente, estudiantes universitarios. El formato de los artículos incluye una revisión y síntesis de sus temas; la simplicidad relativa del lenguaje y el énfasis en la data actualizada convierten al volumen en una herramienta ideal de enseñanza.

El libro comienza con una exquisita introducción escrita por el editor donde se expone la visión sobre la historia que alienta al volumen. Dentro de lo más destacado de esta visión sobre la historia del Perú, a mí entender, resaltan dos temas fundamentales. En primer lugar, la necesidad de repensar el supuesto quiebre histórico entre periodos prehispánicos y el resto de la historia. La gente y el paisaje continúa siendo el mismo y sería un error tratar de entender la historia solo con visiones de discontinuidad. En segundo lugar, la introducción también dirige la atención hacia una de las principales limitantes de la arqueología en el Perú, su dependencia a la supuesta particularidad de "lo andino", esta última hace que pensemos que nuestros desarrollos culturales son únicos e incomparables, lo que a su vez restringe una de las principales armas interpretativas de la arqueología que es la comparación. Finalmente, todas las culturas son únicas hasta cierto nivel.

Como la misma introducción explica, el libro ha sido organizado en función a tópicos antropológicos o sociales, aunque tienen una relativa correspondencia con los periodos temporales de las periodificaciones imperantes. Al proponer esta organización, los editores han buscado otorgar relevancia a temas centrales de discusión por cada periodo más que discutir sobre cada periodo en sí mismo. Los temas abordados son el poblamiento y domesticación, el surgimiento de la complejidad, y la identidad y relaciones interregionales en contexto macro- regionales, todos ellos tópicos centrales en la investigación desde la arqueología antropológica a nivel mundial.

Los artículos, claramente, tienen la intención de repensar el pasado. Sus estructuras comparten una serie de regularidades. En su mayoría, empiezan por una revisión de las investigaciones o breve exposición del estado de la cuestión del periodo/problemática que abordan para luego

intentar discutir nuevos datos y cómo éstos se insertan en la discusión. Sin embargo, pese al evidente intento de mantener esta estructura, sus contribuciones resultan disímiles.

Algunos artículos, como los de Carmen Verónica Ortiz y Luis Flores Blanco, sobre el Precerámico y el Arcaico, respectivamente, enfocan esta revisión desde un recuento histórico cronológico de las investigaciones. Carmen Verónica Ortiz discute el Precerámico en los Andes centrales partiendo desde una recopilación bibliográfica, la cual nos da una visión general de la bibliografía existente; no obstante, sus aportes para repensar este período resultan mínimos, ya que no se presentan datos nuevos ni visiones alternativas para su estudio.

El artículo de Luis Flores Blanco, sobre el Arcaico en la cuenca del Titicaca y los Andes centrales, parte con una revisión bibliográfica de las investigaciones del periodo que alinea en el eje temático de investigación que viene llevando Mark Aldenderfer en la región. La contribución es bien recibida, toda vez que estos planteamientos han sido parte importante de la reformulación del Arcaico y su rol en la emergencia de la complejidad en el área andina.

Henry Tantaleán también basa su revisión en el recuentro cronológico y bibliográfico de autores que han investigado el Formativo de la sierra sur peruana; este formato, sin embargo, dificulta la incorporación de los nuevos datos que presenta en su discusión. Los nuevos datos no conversan con su síntesis de las investigaciones previas, toda vez que su reconstrucción de autores es netamente cronológica y termina siendo vacía de contenidos sociales. Tampoco ayuda a la claridad del artículo el que se presentaran interpretaciones sobre el desarrollo social de la cuenca norte del Titicaca, sector peruano en el que destacan los sitios de Qaluyu y Pucará, aislándolo del entorno sociopolítico inmediato, sobre todo si consideramos que el fenómeno del Formativo altiplánico tiene que ser entendido en un contexto regional, el cual incluye los territorios en Bolivia.

Un segundo grupo de autores realiza la revisión desde la examinación de los temas sociales y culturales que guían la investigación arqueológica, mostrando cómo ha ido cambiando el entendimiento de las sociedades a través del tiempo. Este formato facilita la incorporación de nuevos datos

en estas síntesis. Por ejemplo, Rafael Vega Centeno discute el Arcaico en el norte chico peruano a través de una revisión del modo en que los planteamientos y reconstrucciones sociales han ido cambiando a lo largo del tiempo. Esta manera de presentar el estado de la cuestión facilita el repensar en la historia, ya que es ahí donde los datos nuevos se engranan generando nuevas visiones alternas de la historia. Resulta así evidente, por ejemplo, la relación entre el surgimiento de la complejidad y la arquitectura monumental.

En la misma línea, Rafael Segura mediante la revisión de los modelos y evidencias imperantes en las reconstrucciones del Horizonte Medio, nos invita a repensar la presencia wari en la costa central y en general a nivel pan-andino. Segura grafica muy bien cómo la tendencia perniciosa en la arqueología andina de reivindicar imperios para fortalecer nuestros modelos dogmáticos nos ha llevado a equiparar toda muestra de complejidad en la costa central como fruto directo o indirecto de la influencia imperial wari en la costa, oscureciendo nuestro entendimiento de los procesos locales. Segura correctamente señala que el reconocer la existencia de un desarrollo local fuerte no necesariamente es contradictorio con una expansión imperial wari, aunque esta última se encuentre aún por confirmarse en la costa central. Segura menciona que para algunos sectores de nuestra disciplina esta crítica expresaría una tendencia por invisibilizar wari; sin embargo, resulta paradójico que quienes sostienen esta idea –en su mayoría– no han trabajado en la costa central.

El artículo de Luisa Díaz sobre el tardío de la costa central constituye un importante aporte a la investigación de una cultura que hasta hace poco –literalmente– ni nombre tenía. Díaz presenta la escasa investigación arqueológica publicada previamente, confrontándola con las fuentes etnohistóricas, para terminar exponiendo la relación entre identidad y territorio. Su estudio es particularmente importante ya que no se focaliza exclusivamente en la cerámica, sino en otro tipo de evidencia, como la funeraria. Ella propone la existencia de una zona nuclear ychsma que se localizaría entre los valles del Rímac y Lurín, su periferia correspondería con los valles menores o quebradas de Chilca o la quebrada de Asia. Sin comulgar con la propuesta de centro-periferia

de Díaz, su análisis del territorio es pionero para la región y fundamental para entender la costa central peruana.

El trabajo de José Luis Pino es un interesante estudio sobre la territorialidad inca. A diferencia de Díaz, su definición de territorialidad parece ser menos préstamo de la geografía, menos funcionalista o de lógica adaptativa. Su definición piensa el territorio como el marco de transmisión de contenidos sociales y de mediación entre distintos actores sociales. Pino explícitamente plantea que el territorio debe ser pensado desde: la sacralidad, la discontinuidad y las relaciones de parentesco. Desde estos elementos discute criterios como "provincia inca" y otras demarcaciones, contrastándolo con las evidencias del Chinchaysuyo. A pesar de lo interesante de la propuesta, ésta aún continúa pensando el territorio y su reconfiguración desde una perspectiva inca-céntrica donde el territorio se piensa desde la expansión inca y no desde la construcción del territorio por las sociedades locales. El artículo pretende abordar una gama amplia de temas relacionados a cómo conceptualizamos el territorio, lo que termina haciéndolo un tanto largo y difícil de leer.

Chacaltana nos entrega un brillante artículo donde, por un lado, nos cuenta sobre las investigaciones arqueológicas en el extremo sur del Perú, a la par que discute los modelos de dominación inca más usados. Además, hace un argumento convincente sobre la forma en que los incas ejercieron un dominio del Colesuyo a través de los grupos altiplánicos.

Un tercer grupo de autores nos invita a repensar las investigaciones de sus regiones a partir del cuestionamiento del modelo imperante; es decir, mediante una revisión crítica que pretende discutir en qué se basaron estos modelos y cómo los nuevos datos los cuestionan y sostienen visiones alternas sobre los fenómenos culturales. La ventaja adicional de este tipo de síntesis es que al estar estas reconstrucciones de la arqueología peruana basadas en modelos clásicos arqueológicos, estos artículos nos invitan a repensar no solo la arqueología peruana, sino la arqueología en un ámbito general, teórico y comparativo, ausente en las publicaciones de nuestro medio.

Christian Mesías aborda la tarea de cuestionar la idea de Chavín como cultura matriz, la cual ha sido la visión imperante en la historia

oficial peruana desde su formulación. Mesías intenta cuestionar esta idea de foco civilizatorio –o como él llama *big bang*– discutiendo las ideas de transmisión e innovación cultural, aunque peligrosamente cae en una revisión cronológica de los autores que no necesariamente nos da más luces sobre la construcción del modelo tradicional. Mesías señala que pese a ser insostenible la idea de Chavín como matriz de explosión cultural, reconoce un periodo de crecimiento de la innovación en este periodo.

Marco Rosas nos presenta un interesante ensayo en donde revisa el estado de conocimiento sobre los mochicas, a través de la revisión de los principales supuestos subyacentes a las reconstrucciones hechas sobre esta cultura, como son la idea de un grupo mochica unificado o la existencia de un solo tema narrativo iconográfico. Pero el ensayo no solo nos invita a repensar los mochicas, sino que nos da la oportunidad de discutir algunas de las hipótesis clásicas de la arqueología que continúan siendo altamente influyentes en nuestro medio, por ejemplo, la correspondencia entre el desarrollo de la agricultura y el Estado. Rosas incorpora en su propuesta la idea de segmentación política en parcialidades, basada en modelos derivados de la etnohistoria, la que se asemeja mucho a la idea de Estados corporativos, muy popular en los últimos años para explicar fenómenos sociales en el mundo andino.

Finalmente, algunos autores buscan dar visiones integrales y holísticas de sus áreas de estudio. Estos autores nos ofrecen síntesis holísticas y sincrónicas de las sociedades que describen, presentan el estado del conocimiento desde la sociedad, su geografía, su historia cultural hasta sus creencias. Si bien estas síntesis del conocimiento sobre un área son muy útiles, conllevan el riesgo de seguir los modelos imperantes. Los datos pueden terminar adecuándose a los modelos existentes y no se cuestiona el conocimiento acumulado.

El trabajo de Johnny Isla es una revisión integral de nuestro conocimiento sobre la cultura Nazca. Más que un mero recuento, Isla nos brinda una solida reconstrucción de la historia cultural de los nazca y sus procesos políticos. Isla logra esto a través de una mirada que integra geografía, aspectos económicos y políticos, usando datos publicados y propios.

Manuel Perales nos reseña la arqueología de la parte central del Perú, remitiendo básicamente a los trabajos de Timothy Earle, Terence D´Altroy y otros miembros del *Mantaro Valley Project* para darnos una reconstrucción integral de la sierra central en tiempos tardíos. El *Mantaro Valley Project* consiguió resultados importantes que lo llevaron a tener un prestigio a nivel internacional hasta que fue interrumpido en los años de la violencia en nuestro país, aunque paradójicamente es poco conocido en el medio peruano. La contribución de Perales aborda también temas de índole teórica básica sobre jerarquías sociales y organización política.

El estudio de Diana Fernández y Luis E. Castillo sobre metalurgia chimú nos ofrece una oportunidad para acercarnos a la organización social chimú a través del análisis de la colección de Carranza y Dalmau. Si bien el artículo es de interés, no parece corresponder del todo al formato del libro, ni aborda de manera integral una revisión del conocimiento sobre la sociedad chimú ni propone lecturas alternas sobre esta sociedad.

El ensayo final de Gabriel Ramón, estrictamente hablando, no constituye un ensayo síntesis del libro, sino más bien un ejercicio de reflexión sobre la arqueología, los arqueólogos y la sociedad en el Perú desde una posición sumamente personal. No obstante, Ramón rápidamente identifica puntos en común y diferencias sustanciales entre la organización de los artículos que, en su opinión, encontrarían su origen en las distintas formaciones y tradiciones académicas de los autores. Estas diferencias, para nosotros, se resumen en la existencia de autores con un corte historicista y otros que hacen una arqueología antropológica. A partir de estas diferencias, Ramón se enfrasca en una discusión epistemológica que, en nuestra impresión, resulta en ocasiones autodirigida. En tono mordaz su ensayo se preocupa en señalarnos las principales limitaciones de los arqueólogos: su incapacidad de ver los límites de sus formulaciones, el rol del Estado, la difusión y hasta la periodificación, etcétera; esta discusión, sin embargo, no siempre se deriva del contenido del libro sino más bien de temáticas previamente abordadas por el autor.

En resumen, *Repensar el Antiguo Perú* es, en nuestro concepto, una interesante herramienta de enseñanza, que permite dar visiones generales y sintéticas de las distintas sociedades en el Perú, generar discusiones teóricas y examinar nuestros principales supuestos. Pero, principalmente, se constituye en una voz que refleja el surgimiento de nuevas generaciones de arqueólogos que, como deben, cuestionan algunos de los supuestos que han servido de pilares para la construcción de una historia oficial sobre un pasado pre-hispánico ajeno y distante.

Giancarlo Marcone Flores